

1.ª EPÍSTOLA DE JUAN

Introducción

La epístola de Juan presenta una gran peculiaridad. Es la vida eterna manifestada en Jesús y comunicada a nosotros, la vida que estaba con el Padre y está en el Hijo. Es en esta vida que los creyentes disfrutan de la comunión paterna, en la que se mantienen relacionados con el Padre por el Espíritu de adopción, y tienen comunión con él y el Hijo. El carácter de Dios lo demuestra.

El primer capítulo plantea estas dos cuestiones: la comunión con el Padre y el Hijo, y que dicha comunión debe ser de acuerdo al carácter esencial de Dios. El nombre paterno es la principal característica del segundo capítulo. Por último, la esencia de Dios viene a demostrar la realidad de una vida comunicada.

Las epístolas paulinas, aunque hablan de esta vida, se ocupan generalmente de asentar la verdad ante los cristianos frente a los medios que a ellos los establecieron en presencia de Dios justificados y aceptados. Esta primera epístola juanina nos muestra la vida que proviene de Dios. Juan nos pone a Dios delante, al Padre revelado en el Hijo, y la vida eterna, mientras que Pablo dice que somos aceptos en Cristo. Hablo de lo que es peculiar en cada uno de ellos. Ambos tratan sus respectivos temas.

La vida manifestada en la persona de Jesús resulta tan apreciada que la epístola ofrece, a este respecto, un atractivo bastante peculiar. Cuando vuelvo los ojos a Jesús y contemplo su obediencia, pureza, gracia, compasión, paciencia, entrega, santidad, amor y su liberalidad exenta de egoísmo, puedo decir que él es mi vida. He aquí una gracia inconmensurable. Puede que sea poco conocida por mí, pero no es menos cierto que se trata de la vida que poseo. ¡Oh, cómo la disfruto y bendigo a Dios por ella! ¡Qué descanso para el alma! ¡Qué puro gozo siente el corazón! Jesús es el objeto de mis afectos, y todos se forman alrededor de este objeto sagrado³⁸.

Capítulo 1

Había muchas pretensiones sobre alcanzar una nueva luz, unos puntos de vista más claros. Se decía que el cristianismo era bueno como sistema rudimentario, pero se lo consideraba una doctrina antigua, y que una luz nueva trascendió a la verdad crepuscular.

La persona de nuestro Señor, la verdadera manifestación de la vida de Dios, disipaba todas estas pretensiones de arrogancia, exaltaciones de la mente humana avivadas por el enemigo, que ocultaban la verdad y llevaban a los hombres de vuelta a las tinieblas de las que habían salido.

Lo que desde el principio del cristianismo, es decir, de la persona de Cristo, habían escuchado y visto con sus propios ojos, contemplando y tocando con sus manos al Verbo de vida, era lo que el apóstol declaraba. Porque la vida se había manifestado. Esa vida que estaba con el Padre se había revelado a los discípulos. ¿Podría existir algo más perfecto, exquisito y admirable a los ojos de Dios que la vida que estaba con el Padre, manifestándose con toda perfección en el Hijo? Tan pronto como la Persona filial es el objeto de nuestra fe, creemos que la perfección debe haber existido desde el principio. La persona del Hijo, la vida eterna manifestada en la carne, constituye el tema de la epístola.

Por consiguiente, la gracia debe considerarse aquí en lo que concierne a la vida, mientras que Pablo la presentaba al hablar de la justificación. La ley prometía vida a la obediencia, pero la vida vino en la persona de Jesús, en toda su perfección divina y manifestación humana. ¡Oh,

³⁸ Esto es muy importante desde el punto de vista moral. Mientras que la vida está en él, y no en mí, yo me regocijo y deleito.

inestimable verdad, que se nos dio esta vida que estaba con el Padre y en Jesús! ¡En qué relaciones nos establece con ambos el poder del Espíritu Santo! Esto es lo que él nos presenta en primer lugar. Y observad cómo es todo por gracia. Más adelante, se pone a prueba toda pretensión a la posesión de la comunión divina mostrándonos el carácter de Dios, un carácter al cual él nunca puede renunciar. Pero antes de abordarlo, se presenta, por estos mismos medios, al Salvador y la comunión con el Padre y el Hijo sin ningún cuestionamiento. Esta es nuestra posición y gozo eterno.

El apóstol había visto esa vida, la había tocado con sus manos y ahora escribía a otros para proclamarlo, para que también tuvieran comunión con él en el conocimiento de la vida que se le manifestó³⁹. En la medida en que esta vida era el Hijo, no se podía obtenerla sin conocerle, sin entrar en su mente y entender sus emociones, ya que de lo contrario no podría ser realmente conocido. Fue así que ellos tenían comunión con el Hijo. Resultaba un hecho imponderable poder entrar en los pensamientos y emociones del Hijo de Dios descendido en gracia, no solo conocerlos, sino compartirlos con él. En efecto, esto es la vida.

No podemos tener al Hijo sin tener al Padre. El que había visto al Hijo había visto al otro, y en consecuencia quien tenía comunión con el Hijo tenía comunión con el Padre, dado que sus pensamientos y emociones eran todos uno. Él está en el Padre, y el Padre en el Hijo. Tenemos compañerismo con el Padre. Esto también se cumple cuando le consideramos desde otra perspectiva. Sabemos que el Padre se complace por entero en el Hijo. Nos ha dado al revelar que nos deleitemos en él, pese a lo débiles que somos. Sé, cuando me deleito en Jesús —en su obediencia, en su amor al Padre y a nosotros, en su ojo único y corazón limpio y puro— que tengo los mismos sentimientos y pensamientos que los paternos. En esto se deleita el Padre, y no puede por menos que complacerse en Aquel por quien yo conozco ahora el gozo y la comunión con él. Todo proviene, ya sea bajo uno u otro punto de vista, de la persona del Hijo. Nuestro gozo está completo. ¿Qué podemos desear más que al Padre y al Hijo? ¿Qué felicidad hay más perfecta que la colectividad de pensamientos, emociones, goces y la comunión de ambos para obtener todo nuestro disfrute de ellos? Y si cuesta creerlo, recordemos que en realidad no puede ser de otro modo, dado que en la vida de Cristo el Espíritu Santo inspira mis pensamientos, mi forma de sentir y la comunión, de manera que no puede darme otros pensamientos distintos a los del Padre y el Hijo. Deben ser, en su naturaleza, lo mismo. Decir que son pensamientos de adoración está en la naturaleza misma de las cosas, y solo los hace más hermosos. Si digo que mis pensamientos son vagos y poco coherentes, y los del Padre y el Hijo divinos y perfectos, concluyo que los dos son Dios, divinos, y nosotros criaturas débiles. Seguro que nadie lo niega. Pero si el Espíritu bendito es la fuente de inspiración, deben ser los mismos por naturaleza y hechos.

Esta es nuestra posición cristiana en el tiempo por el conocimiento del Hijo de Dios. Como dice el apóstol: «estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea completo».

Pero el que era la vida que vino del Padre nos ha traído el conocimiento de Dios⁴⁰. El apóstol lo había escuchado de sus labios: un conocimiento de valor incalculable que escudriña el corazón. Y esto también lo anuncia a los creyentes de parte del Señor. Es el mensaje que habían escuchado de Juan, que Dios es luz y no alberga tinieblas. Respecto a Cristo, Él habló lo que sabía y dio testimonio de lo que había visto. Nadie había estado en el cielo, sino el que descendió de allí. Nadie había visto antes a Dios. El Unigénito que está en el seno paterno le declaró. Ninguno había visto al Padre, salvo el que era divino; él le había visto. Así es como pudo, de su propio y

³⁹ La vida se ha manifestado. Por lo tanto, ya no tenemos que buscarla a tientas, explorando lo indefinible al azar, en la oscuridad de nuestro corazón, para obtenerla y obrar sin éxito bajo la ley. La tenemos revelada, está aquí, en Jesucristo. El que posee a Cristo posee esta vida.

⁴⁰ Fijaos que cuando Juan habla de la gracia en sus escritos, lo hace en relación con el Padre y el Hijo, y cuando se refiere a la naturaleza divina o a nuestra responsabilidad, menciona solo a Dios. Juan 3 y 1Jn 4 pueden parecer excepciones, pero no lo son. Se trata de lo que Dios es por definición, no de las acciones personales ni de las relaciones que establece la gracia.

perfecto conocimiento, revelarle. Dios era la luz y la perfecta pureza, lo que también pone de relieve lo puro y aquello que no lo es. Para tener comunión con la luz, uno debe ser luz, poseer su naturaleza y resultar apto para verse en la luz perfecta. Solo puede vincularse con lo que proviene de sí misma. Si hay algo más mezclado con ella, la luz ya no será luz. Tiene una naturaleza absoluta, a fin de excluir todo lo que no sea de su composición.

Por tanto, si decimos que tenemos comunión con él y caminamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad, y nuestra vida es una perpetua mentira. Pero si andamos en la luz, como él está en la luz, los creyentes tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado. Estos son los principios, los rasgos importantes de la posición cristiana. Estamos en la presencia divina sin ningún velo de por medio. Es algo real, una cuestión vital de nuestro caminar. No es lo mismo que andar *según* la luz, sino que el camino *se encuentra* en la luz. Es decir, un camino iluminado por la revelación completa de lo que Dios es. No es que no haya pecado en nosotros, sino que andando en la luz (y la voluntad y la conciencia están en la luz, como Dios lo está), todo lo que no se ajusta a ella es juzgado. Vivimos y trazamos nuestro camino desde un punto de vista moral, en el sentido de que Dios está presente y le conocemos, caminando en la luz. La regla moral de nuestra voluntad es que le conocemos. Los pensamientos influyentes del corazón provienen de él y se generan a partir de la revelación de sí mismo. El apóstol presenta estas cosas siempre de forma abstracta. Dice «... no puede pecar porque ha nacido de Dios», y esto es lo que mantiene la regla moral de esta vida; es su naturaleza, la verdad, en la medida en que el hombre ha nacido de él. No podemos tener otra, ya que podría falsearla. Lamentablemente, resulta que no siempre somos coherentes, y no lo somos si no estamos en este estado ni caminamos según la naturaleza que poseemos; seremos unos extraños a nuestra auténtica condición.

Caminando en la luz, como Dios está en ella, los creyentes tienen comunión entre sí. El mundo es egoísta. La carne y las pasiones buscan su propia satisfacción, pero si camino en la luz, el yo no tiene cabida. Puedo gozar de la luz y de todo lo que busco en ella con otro hermano, sin que se produzcan celos. Si él posee una cosa carnal, yo estaré privado de la luz. En la luz tenemos la posesión de lo que Dios nos da para disfrutarlo más compartiéndolo juntos. Este es un rasgo distintivo de todo lo carnal. Por cuanto más estemos en la luz, más disfrutaremos con el otro que esté en ella. El apóstol, como hemos visto, lo dice de la forma más abstracta y absoluta, la auténtica para conocer la cosa en sí. El resto es solo una cuestión de entendimiento.

Por último, andar en la luz como Dios está en ella, tener comunión unos con otros y ser limpios de todo pecado por la sangre, son las tres partes de la posición cristiana. Sentimos la necesidad de expresarlo, porque al participar de la naturaleza divina y andar en la luz acompañados de su revelación, de una naturaleza que conoce a Dios y es capaz de verle espiritualmente —como el ojo aprecia la luz—, no podemos afirmar que no tenemos pecado. La luz misma nos contradice. Sin embargo, podemos decir que la sangre de Jesucristo nos limpia perfectamente de todo pecado. Por el Espíritu gozamos juntos de la luz, compartimos el gozo de nuestro corazón delante de Dios, y a él le agrada el testimonio de nuestra común participación en la naturaleza divina, la cual también es amor. Nuestra conciencia no representa un obstáculo, dado que conocemos el valor de la sangre. No tenemos conciencia de pecado que se nos impute, aunque sabemos que está en nosotros y aun así somos conscientes de haber sido lavados por esa sangre. La luz que nos lo demuestra impide decir (si estamos en ella) que no tenemos pecado. Nos engañaríamos y no poseeríamos la verdad. Pero si la albergamos, si esta revelación de la naturaleza divina, que es luz, si Cristo, nuestra vida, está en nosotros, el pecado es juzgado por la luz. Si no se juzga, no poseemos esta luz, ni la verdad que habla de las cosas como son.

Si por otro lado hemos cometido pecado, y todo, juzgado a la luz, ha sido confesado para que la voluntad no sea cómplice y se destruya su orgullo, él es fiel y justo para perdonarnos y

limpiarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado⁴¹, como afirmación general, demuestra no solo que la verdad no está en nosotros, sino que hacemos a Dios mentiroso; no albergamos su palabra, pues esta dice que todos han pecado. Mentimos, la verdad no está en nosotros y afirmamos que Dios no es veraz. Esta comunión con él en la luz y en la vida cristiana entrelaza, de forma inseparable, el perdón y el sentido práctico de esta vida con la fe y la pureza de corazón.

Tenemos la posición cristiana en el versículo 7; luego las cosas que, de tres maneras distintas, se oponen a la verdad y a la comunión vital con Dios. El apóstol les refirió todo acerca de la comunión con el Padre y el Hijo, para que su gozo fuera completo.

Capítulo 2

Lo que escribió sobre la revelación de la naturaleza divina, que él había recibido de quien era la vida del cielo, les iba a ser útil para que no pudieran pecar. Pero decirlo es suponer que lo hacían. No es que tuvieran necesidad de pecar, porque la presencia del pecado en la carne en modo alguno nos obliga a ir en pos de ella. Pero si llevamos a cabo este acto, hay una provisión de la gracia presta a actuar para que no seamos condenados ni sometidos nuevamente a la ley.

Tenemos un Abogado ante el Padre que se encarga de nuestra causa en lo alto. Ahora bien, no para obtener la justicia ni para lavar nuestros pecados; todo eso ya se ha hecho. La justicia divina nos ha puesto en la luz, así como Dios está en ella. Sin embargo, la comunión se interrumpe por leves que sean los pensamientos que salen de un hueco del corazón, puesto que son de la carne y esta no tiene comunión con Dios. Cuando al haber pecado se interrumpe la relación, Cristo intercede por nosotros. La justicia está siempre presente, nuestra justicia: Jesucristo, el justo. Por consiguiente, ni la justicia ni el valor de la propiciación por el pecado cambian, y la gracia obra —podemos afirmar que por necesidad— en virtud de esa justicia y de la sangre que está delante de Dios por la intercesión de Cristo, que nunca nos olvida, para traernos de vuelta a la comunión por medio del arrepentimiento. Por tanto, antes de que cometiera su pecado, estando aún vivo Jesús oró por Pedro, y en un momento dado él le miró y lloró arrepentido por su ofensa. Después, el Señor hizo todo lo necesario para que Pedro juzgara su raíz. Todo es gracia.

Sucede lo mismo en nuestro caso. La justicia divina permanece como el fundamento inmutable de nuestras relaciones con Dios, establecidas en la sangre de Cristo. Cuando la comunión, que existe solo en la luz, se interrumpe, la intercesión cristiana, disponible en virtud de la sangre —también hubo la propiciación por el pecado— restaura el alma para que pueda gozar nuevamente de la comunión con Dios en la luz, donde la justicia⁴² le ha llevado. Esta propiciación se hizo para el mundo entero, no solo para los judíos ni para excluir a nadie en absoluto, sino para todos. En su naturaleza moral, Dios ha sido glorificado por la muerte cristiana.

Estas tres cuestiones capitales, o si se prefiere, dos cuestiones y una tercera complementaria, la abogacía, componen la introducción y la doctrina de la epístola. Todo lo demás es una aplicación experimental de lo que esta parte contiene: primero —habiendo sido

⁴¹ Cuando se habla de pecado, el apóstol lo hace en tiempo presente: «tenemos»; cuando se refiere a cometer pecado, habla en pasado, no dando por sentado que vamos a seguir pecando. Siempre queda la duda de si el apóstol habla de ir al Señor por primera vez, o de las faltas que cometemos después. Yo digo que habla de forma abstracta y absoluta: la confesión trae el perdón a través de la gracia. Si acudimos por primera vez a Dios, es el perdón, en un sentido pleno y absoluto. Estoy perdonado, y él ya no se acordará de mis pecados. Si cometo una falta posterior, el corazón franco la confesará y producirá el perdón del gobierno divino, así como volverá a su estado actual la relación de mi alma con él. El apóstol, como en todas partes, habla de una manera absoluta de la causa.

⁴² El tema es la comunión, por eso se habla de las ofensas; en Hebreos, como vimos, tenemos acceso a Dios y somos perfeccionados para siempre. El sacerdocio señala la misericordia y el auxilio, no los pecados, excepto para el gran acto de la expiación.

dada la vida—, la comunión con el Padre y el Hijo; segundo, la naturaleza de Dios, la luz que manifiesta la mentira de toda pretensión de comunión a ella si se camina en tinieblas; y tercero, dado que el pecado está en nosotros y podemos faltar (pese a estar limpios para gozar de la luz), la defensa que Jesucristo ejerce ante Dios basándose en la justicia que ve ante sí y en la sangre vertida por nuestros pecados, para restaurarnos la comunión que nuestra culpable negligencia nos hizo perder.

El Espíritu procede a explicar las características de esta vida divina. Estamos santificados por la obediencia de Jesucristo, es decir, para obedecer con los mismos principios con los que él obedeció, en los que la voluntad del Padre era su motivo y la norma de conducta. La obediencia de una vida para la cual hacer la voluntad de Dios era auténtica comida y bebida, no se obtenía bajo la ley. La vida de Jesucristo fue de obediencia, gozando el amor paterno a la perfección, demostrándose en todo y siendo él perfecto. Sus palabras y mandamientos fueron la expresión de esa vida; dirigen también la nuestra, y deberían ejercer toda la autoridad del que los pronunció.

La ley prometía vida a quienes la obedecían. Cristo es la vida comunicada a los creyentes. Por consiguiente, las palabras que la expresaban la dirigen en nosotros, según la perfección hallada en Jesús. Además, tienen autoridad. Sus mandamientos son su expresión. Hemos de obedecer y caminar como él caminó, las dos formas que hay de vivir en realidad. No es suficiente con andar bien, sino que hemos de obedecer porque existe una autoridad. He aquí el principio esencial de un camino recto. Por otra parte, la obediencia del cristiano —evidenciada por la de Cristo— no es la que a menudo pensamos. Llamamos obediente a un niño que, aun teniendo voluntad propia, se somete de inmediato cuando la autoridad del padre interviene para evitar que la ejerza. Pero Cristo nunca obedeció de esta manera. Él vino a hacer la voluntad de Dios. Obedecer era su razón de ser. La voluntad paterna constituía el motivo y, con el amor nunca separado de ella, el único de todos y cada uno de sus actos e impulsos: la obediencia que llamamos cristiana. Una nueva vida que se deleita en hacer la voluntad de Cristo y acepta su autoridad sobre ella. Nos reconocemos muertos a lo demás. Vivos para Dios, no somos nuestros. Solo conocemos a Cristo en la medida en que vivimos por su vida, dado que la carne no la conoce ni puede entenderla.

Esta vida es la obediencia, por eso dice que quien «le conoce y no guarda sus mandamientos es un mentiroso, y la verdad no está en él». No dice que se autoengañe, porque es muy posible que no sea así (una comunión ficticia), sino que aquí la voluntad entra en acción y lo sabemos si lo confesamos. Solo habrá una realidad: somos mentirosos y no poseemos la verdad que profesamos del conocimiento de Jesús.

Hago dos acotaciones. La primera, que el apóstol toma las cosas como son de manera abstracta, sin ser modificadas por otras, en medio de las cuales están todas relacionadas. La segunda, que la cadena de resultados que el apóstol obtiene no es la del razonamiento superficial, cuya fuerza radica, como es obvio, en la piel del argumento. Razona a partir de un principio trascendental, de modo que uno no ve la fuerza del razonamiento a menos que conozca el hecho, incluso el alcance, de este principio, sobre todo el significado de la vida divina en su naturaleza, carácter y acciones. Pero sin poseerlo, no podemos entender nada al respecto. Existen, de hecho, la autoridad del apóstol y de la Palabra para decirnos que la cosa es así, y esto debería bastarnos. Sin embargo, los eslabones de su discurso no se encadenan sin la posesión de la vida que interpreta lo que dice, y que a su vez es interpretada por lo que ella misma expresa.

Regreso al texto. «Quien guarda su palabra, en él realmente se ha perfeccionado el amor de Dios». De esta forma, somos conscientes de que le conocemos. Su palabra posee un sentido más amplio que sus mandamientos. Mientras que implica obediencia, esta palabra es menos enunciativa. Los mandamientos son aquí los detalles de la vida divina, pero la Palabra contiene

su expresión: el espíritu de esta vida⁴³, universal y absoluta. Ahora bien, esta vida es la vida divina manifestada en Jesús, la que se nos comunica. ¿La hemos visto en Cristo? ¿Dudamos de que sea el amor de Dios manifestado en ella? Si guardo su palabra, si la relevancia y significado de la vida que esta palabra expresa se comprende, el amor de Dios se perfecciona en mí. El apóstol, como vemos, habla siempre de una forma genérica. Si en un momento dado no guardo la palabra, en este punto no soy consciente de su amor y las felices relaciones divinas se detienen. Pero en cuanto me yergo y me dejo gobernar de manera absoluta por su palabra, su amor tiene un completo sentido, dado que aquella expresa lo que es, y la guardo. Esta es la comunión inteligente y plena con su naturaleza, una naturaleza de la que participo para saber que él es perfecto amor, que me llena y que lo demuestro con mis caminos.

Por consiguiente, sabemos que estamos en él porque vemos que esto está en la comunión de su naturaleza. Ahora bien, si decimos que permanecemos en él es evidente, por lo que extraemos de las enseñanzas del apóstol, que hemos de caminar como él. Nuestro camino es la expresión práctica de nuestra vida, y esta vida es Cristo conocido en su palabra. Y dado que es por su palabra, los que poseemos esta vida estamos bajo la cuerda responsabilidad de seguirla, de andar como él anduvo. Esta palabra es la expresión de su vida.

La obediencia, por definición, es hasta ahora nuestra característica moral de la vida cristiana. Una prueba de aquello que en el cristianismo es inseparable de esta vida (cf Jn 14:20). Sabemos no solo que le conocemos. Gozar del amor perfecto de Dios en el camino de la obediencia nos proporciona, a través del Espíritu Santo, el conocimiento de que estamos en él. Pero si estoy en él, no puedo ser lo que él era, ya que no tenía pecado; pero sí debo andar como él. De este modo sé que estoy en él. Si hago profesión de permanecer en él, que mi corazón y espíritu están por entero ahí, debo caminar como lo hizo. La obediencia como principio, guardar su palabra, y el amor de Dios perfeccionado en mí, sabiendo que estoy en Cristo, son los principios formativos del carácter de mi vida.

Los vv 7 y 8 presentan los dos aspectos de la norma de esta vida, aspectos que, además, responden a los dos principios que acabamos de enunciar. No es un mandamiento nuevo que el apóstol les escribe, sino uno antiguo: la palabra de Cristo desde el principio. Si no fuera así, y fuese en este sentido algo nuevo, tanto peor para el que lo propuso, dado que ya no expresaría Su vida perfecta sino otra cosa, una falsificación de lo que ha sido establecido. Esto se corresponde con el primer principio de obediencia a los mandamientos cristianos. Aquello que

⁴³ Fundamentalmente, son desiguales. Esto se afirma en el versículo 7: «el antiguo mandamiento es la palabra que habéis oído desde el principio». Podría decir con absoluta razón que el mandamiento es la palabra de Cristo, pero tengo dudas de si puedo expresar que la palabra genera el mandamiento. Esto me hace ser consciente de la diferencia. El contraste ofrecido por los vv 4 y 5 es muy marcado, y se origina en el conocimiento cabal e íntegro de la posesión de vida divina, según la palabra, o su no posesión. Quien dice conocerle y no guarda sus mandamientos mente, y la verdad no está en él, porque esta verdad es únicamente lo que la palabra revela. Y si vivimos de la naturaleza divina, cuya expresión es la palabra de Cristo, y, por tanto, le conocemos, obedecemos esta palabra. Visto de otro modo, si poseemos esta vida y participamos de la naturaleza de Dios, su amor está en nosotros y tenemos los mandamientos de Cristo, un camino como el suyo, la comunicación de vida (para que el mandamiento sea verdadero en él y en nosotros), una senda en la luz, el amor de nuestros hermanos... ¡qué rica la cadena de bendición! Las pretensiones mencionadas aquí son conocer a Cristo, morar en él y permanecer en la luz. La prueba de que la primera pretensión está justificada es la obediencia. Entonces, si moramos en él (lo sabemos al cumplir su palabra) debemos caminar como él. Que la última pretensión sea verdadera se demostrará por el amor a nuestro hermano. Con la segunda se mantiene un camino a la altura de los pasos de Cristo, como es nuestro deber, pero este camino no constituye la prueba de que moramos en él, de que cumplimos su palabra. Observad que no dice «sabemos que creemos»; esta no es la cuestión, sino «sabemos que estamos en él».

Permitidme añadir que el apóstol nunca utiliza estas pruebas, como habitualmente hace, para razonar con la duda. Hay suficiente con los vv 12 y 13, que a todos trata como perdonados —de lo contrario, no les habría escrito—, y hasta los más jóvenes y débiles tienen el espíritu de adopción. Otros intentaron hacerles dudar, pero les dice que pueden tener la seguridad en su corazón, delante de Dios, de que no serán seducidos como si no tuvieran a un Cristo y un cristianismo absolutos, la vida eterna. Este era el medio más rápido y seguro de afianzarlos en cuanto hubieran podido ser soliviantados, no de que no poseyeran su seguridad. Fueron perdonados, eran hijos. Cuando otros los hacían dudar, les decía que podían estar completamente seguros de que no tenían motivos para dudar.

Cristo dijo, expresaba lo que él era, pudiendo mandar que se amaran unos a otros como los había amado él mismo. Comparad las bienaventuranzas.

En otro aspecto se trataba de un nuevo mandamiento, porque estando unidos a Él, y derivando su vida del poder espiritual de Cristo, el Espíritu divino les expresó el resultado de esta vida con la revelación de su glorificación. Y no solo como mandamiento, sino que al ser la cosa en sí verdadera en Cristo, así en los suyos, que participan de Su naturaleza y están en él.

Por esta revelación y la presencia del Espíritu Santo escamparon las tinieblas, se fueron y resplandeció la luz verdadera. No habrá otra luz en el cielo, y solo entonces Jesús se mostrará públicamente en la gloria sin ninguna nube.

La vida, como dice Jn 1:4, resulta ser ahora la luz de los hombres, tanto más resplandeciente para la fe por cuanto Cristo se ha marchado, pues a través del velo rasgado brilla con mayor intensidad. Hemos llegado a conocerle, a estar en él, y ahora estamos en la luz, antes de que el Espíritu divino aplicara en detalle las cualidades de esta vida al corazón como prueba de su existencia, respondiendo a los seductores que intentaban atemorizarnos con ideas nuevas, como si los cristianos no estuvieran realmente en posesión de la vida y, con ella, del Padre y del Hijo. La verdadera luz está brillando. Esta luz es Dios, su naturaleza, y con lo que había sido un medio de juzgar a los seductores el apóstol destaca otra cualidad relacionada con nuestro estado en la luz, con Dios plenamente revelado. Cristo estuvo en el mundo; nosotros estamos preparados para estarlo también, en el sentido de que hemos nacido de Dios y que quienes tienen esta naturaleza aman a su hermano, pues ¿no nos ha amado él sin avergonzarse de llamarnos así? ¿Podré tener Su vida y naturaleza si no amo a los hermanos? Caminaré en tinieblas, sin luz que alumbre mi camino. El que ama a su hermano permanece en la luz, la naturaleza de Dios obra en él, y este cristiano vive de manera abundante en la inteligencia espiritual de esta vida, en la comunión y presencia divinas. Si alguien siente odio, es evidente que no tiene esta luz. Con sentimientos de naturaleza opuesta a la divina, ¿cómo podré fingir estar en la luz? Además, no hay ocasión de tropiezo para alguien que ama, pues camina en la luz de Dios. No hay nada que haga tropezar al otro, pues la revelación de la naturaleza de Dios desde luego no lo hace, y esto se manifiesta en el que ama a su hermano⁴⁴.

Esto concluye la primera parte de la epístola. Su primera mitad contiene el lugar privilegiado que ocupan los cristianos, el mensaje de la verdad sobre nuestro estado aquí y la provisión para el fracaso. Termina en el pasaje 2:2, hacia la segunda mitad, con la garantía que tiene el cristiano de la verdadera posesión del privilegio, como anuncian la obediencia y el amor hacia los hermanos, el conocimiento de Cristo, su estado en él, el gozo del amor divino y perfecto, la permanencia en este amor y en la luz, los cuales forman su condición.

Tras establecer los dos principios básicos de la obediencia y el amor como prueba de que poseemos la naturaleza divina, de que conocemos a Cristo como vida y que permanecemos en él, continúa dirigiéndose el apóstol con un mensaje personal a los cristianos para mostrarles la posición, en el terreno de la gracia, de tres grados diferentes de madurez. Esta relación, que forma un paréntesis no menos importante, vamos a considerarla ahora.

Comienza llamando *hijos* a todos los cristianos a los que escribe, un término afectuoso del apóstol anciano y amante. Al decirles que no pecaran, también les dice que todos sus pecados habían sido perdonados por el nombre de Jesús. Esta era la posición asegurada para todos los cristianos, la que Dios les había otorgado al darles fe para poder glorificarle. No deja dudas del hecho de que eran perdonados, y así se lo notifica por escrito.

A continuación, encontramos tres clases de cristianos: *padres*, *jóvenes* e *hijitos*. Dos veces se dirige a cada uno de ellos: a los padres, en la primera mitad del versículo 14; a los jóvenes, en

⁴⁴ El lector puede comparar, tras recabar toda la información, lo que dice el pasaje de Ef 4:17 a 5:12, donde estos dos nombres de Dios, los únicos utilizados para revelar su naturaleza, también nos enseñan el camino y el verdadero carácter del cristiano, de acuerdo solo con lo que el Espíritu Santo ofrece por mano de Pablo: los consejos y la obra divina en Cristo. En Juan, es más sobre la naturaleza.

la segunda mitad, hasta el final del versículo 17; a los hijitos, a partir del versículo 18 hasta el final del 27. En el versículo 28 vuelve a llamarlos por el nombre de hijos.

Lo característico de los padres es que han conocido a Aquel que es desde el principio. Es todo lo que tiene que decir sobre ellos. Repite lo mismo cuando, cambiando su forma de expresarse, vuelve a comenzar con estas tres clases. Los padres han conocido a Cristo, el resultado de toda experiencia cristiana. La carne es juzgada, discernida en el acto cuando haya podido mezclarse con los sentimientos cristianos. Se reconoce experimentalmente sin valor, y como resultado de esta experiencia Cristo se posiciona solo, sin amalgamas de ningún tipo. Han aprendido a distinguir lo que tiene la apariencia de bueno. No se ocupan de la experiencia, dado que estarían ocupados de sí mismos, con el corazón. Todo esto forma parte del pasado, y únicamente Cristo sigue siendo su porción, sin ninguna clase de mezclas, como cuando él se dio por nosotros. Además, de este modo es mejor conocido. Han experimentado lo que es para ellos en tantísimos detalles, ya sea gozando de Su comunión, asumiendo su propia debilidad o conscientes de Su fidelidad, de las riquezas de Su gracia y forma de satisfacer las necesidades, de Su amor y revelación plenos, para que cada cual pudiera decir «sé en quién he creído». El apego a él los caracteriza. Así son los padres.

Los jóvenes ponen nombre a la segunda clase. Se distinguen por la fuerza espiritual en el conflicto, por la energía de su fe. Han vencido al maligno. El apóstol describe su carácter cristiano. Conocen la lucha, pero la fuerza de Cristo se manifiesta en ellos.

La tercera clase son los hijitos, quienes conocen al Padre. Vemos que el Espíritu de adopción y libertad es corriente en el hijito menos avezado en la fe cristiana, lo que no constituye ningún resultado de progreso, sino solo el comienzo. Poseemos el Espíritu porque somos cristianos, rasgo distintivo de los principiantes. El resto no lo pierden, sino que otras cosas los distinguen.

Al volver a estas tres clases, el apóstol, como vimos, no tiene más que repetir lo que dijo al principio con respecto a los padres.

En el caso de los jóvenes, expone su idea y agrega algunas exhortaciones. «Sois fuertes — dice—, y la palabra de Dios permanece en vosotros»; un rasgo sumamente importante. La palabra es la revelación de Dios, la aplicación de Cristo al corazón, para así poseer los motivos que lo moldean y un testimonio fundado en su estado y en las convicciones que tienen poder divino: la espada del Espíritu para nuestras relaciones con el mundo. Hemos sido formados por aquellas cosas de las que damos testimonio en nuestras relaciones, y las poseemos por el poder de la palabra de Dios. El maligno, que es así derrotado, dispone del mundo a su antojo para ofrecerlo a nuestras concupiscencias, pero la palabra que mora en nosotros nos guarda en una esfera absolutamente desigual, iluminada por una naturaleza distinta consolidada por las comunicaciones divinas. La tendencia del joven es hacia el mundo, el ardor de su juventud y el vigor de la edad tienden a alejarlo de aquel otro lado, teniendo que protegerse separándose de las cosas de aquí, puesto que si alguien ama el mundo el amor paterno no está en él, y estas cosas no vienen del Padre. El joven posee un mundo propio, del que Cristo forma el centro y la gloria. Los deseos de la carne, la codicia de los ojos y la vanagloria de la vida son los motivos que caracterizan al nuestro. Realmente no existen otros. Ahora bien, no provienen del Padre.

El Padre es la fuente de todo aquello que se ajusta a su corazón, a la gracia, a todo don espiritual, a la gloria y la santidad celestial de cuanto se manifestó en Cristo Jesús, y todo ayuda a conformar el mundo glorioso que ha de llegar. Y esto tenía la cruz como porción. Pero el apóstol habla de la fuente, la que el Padre no era, desde luego, de esas otras cosas.

El mundo pasa, pero el que hace la voluntad de Dios y atraviesa este mundo tomando como guía no los deseos naturales, sino Su voluntad, para expresarla en relación con Su naturaleza, debe continuar viviendo según esta naturaleza y voluntad que ha decidido seguir. Veremos que el mundo, el Padre y todo lo que es suyo, la carne y el Espíritu, el Hijo y el diablo, se oponen entre sí. Hablamos de las cosas desde su origen y naturaleza moral, de los principios operantes que moldean nuestra existencia y posición, y de los dos agentes del bien y del mal, opuestos también entre sí sin producir, gracias a Dios, incertidumbre en cuanto al conflicto, porque la

debilidad de Cristo, en la muerte, es más fuerte que el poder de Satanás. Este no tiene ningún poder contra aquello que es perfecto. Cristo vino para destruir las obras del diablo.

Para los hijitos, el apóstol habla principalmente de los peligros a los que quedaban expuestos por parte de los seductores. Se lo advierte con afectuoso cariño, al tiempo que les recuerda que todas las fuentes de la inteligencia y del poder estaban abiertas y podían acceder a ellas. «Son los últimos tiempos...»; pero no exactamente los últimos, aunque sí los días que llevaban la marca final de los tratos de Dios con el mundo. El anticristo iba a llegar, y ya existían muchos anticristos, por eso se podía saber cuáles eran estos tiempos. No eran tan siquiera el pecado ni la transgresión de la ley; sin embargo, como Cristo se había manifestado y ahora permanecía oculto del mundo, existía una corriente contraria a la revelación que se había dado. No hablamos de una incredulidad remisa e ignorante, sino que tomaba definitivamente cuerpo para manifestarse contra Jesús. Podrían creer todo lo que los judíos creían, como revelaba la palabra, pero en cuanto al testimonio divino ofrecido por Jesucristo se oponían de lleno a él. No admitían que fuera el Cristo, y negaban al Padre y al Hijo. Esto, en cuanto a la profesión religiosa se refiere, es el carácter del anticristo. Podrá creer o fingir creer que haya un cristo hasta su autoproclamación, pero los dos aspectos del cristianismo —que refiere, por una parte, el cumplimiento en Jesús de las promesas hebreas, y, por otra, las bendiciones celestiales y eternas que otorga la revelación del Padre por medio del Hijo— es lo que el anticristo no acepta. Lo habitual en él es negar a ambos. Negar que Jesús sea el Cristo es, sin duda, la incredulidad innata de su carácter, que socava los cimientos del cristianismo. Es mentiroso porque niega que Jesús sea quien dice ser; en consecuencia, es la obra del padre de mentira. Todos los judíos descreídos habían hecho lo mismo que si fueran él. La negación paterna y filial es su principal rasgo.

Estos anticristos salieron de las congregaciones de los cristianos. Hubo apostasía. Sin ser creyentes, habían estado viviendo entre cristianos y habían surgido de ellos. ¡Cuán instructiva es para nuestros tiempos esta epístola! Así se manifestó que no eran del rebaño apostólico. Todo tendía a minar la fe de los hijitos. Juan intenta darles ánimo. Había dos medios que fortalecían su fe y contribuían a inspirarles confianza. En primer lugar, tenían la unción del Santo, y en segundo lugar, era suyo aquello que desde el principio constituía la piedra de toque de toda nueva doctrina.

La morada del Espíritu Santo como unción e inteligencia espiritual, y la verdad y revelación cristianas que habían recibido al comienzo, eran su salvoconducto frente a los seductores y sus engaños. Toda herejía, error y corrupción se unirán para desacreditar de buenas a primeras la divina revelación de la verdad si tenemos la unción del Santo para juzgar todo eso. Esta unción también es la porción de los hijitos más inexpertos, y se les debe alentar para que la conozcan, por muy tiernos cuidados que el apóstol quiera dispensarles.

Qué importantes verdades descubrimos aquí. Estos errores ya se manifestaban entonces, así que debemos permanecer en guardia contra las personas que querrían seducirnos y que proceden, además, del seno del cristianismo.

La incredulidad bajo sus formas judaicas se manifiesta con la certeza de que hay un Cristo y niega que Jesús sea él. Nuestra seguridad contra este tipo de seducciones es la unción del Santo, la del Espíritu, especialmente en relación con la santidad de Dios, que nos permite discernir claramente la verdad —otro rasgo espiritual— y lo que hemos oído en nuestros comienzos. Esto es evidente por lo que leemos en la palabra escrita. «Progreso», fijémonos bien, no es lo que tenemos desde el principio. Como su nombre indica, peca radicalmente contra las garantías ofrecidas por el apóstol. Lo que la iglesia ha enseñado a lo largo del tiempo como un progreso de la verdad no es lo que hemos escuchado desde el principio.

Hay otra cuestión que señala el apóstol y que deberíamos anotar. La gente puede fingir dar a Dios, de manera vaga, el nombre de Padre y decir que lo poseen sin la verdadera tenencia de Jesucristo, pero esto no es posible. Quien no tiene al Hijo, no tiene al Padre. Es por medio de él que el Padre se revela y es conocido.

Si la verdad que hemos recibido desde el principio continúa en nosotros, permanecemos en el Hijo y en el Padre, porque es la revelación filial declarada a través de él. Vive si permanece

en nosotros; así, al poseer la verdad, poseemos al Hijo y en él también al Padre. Permanecemos en él, y de este modo tenemos vida eterna (cf Jn 17:3).

El apóstol tenía la feliz confianza de que la unción que habían recibido de Jesús residía en ellos y no necesitaban ser enseñados, pues estaban instruidos respecto a todo en la verdad. Era el Espíritu Santo quien obraba en la palabra, en la revelación de la veracidad de Jesús, y no había ninguna mentira en ella. Así, debían permanecer en él según lo que les había dado a modo de instrucción. Observad que el resultado de esta enseñanza de la unción de lo alto es doble en lo relativo al discernimiento de la verdad. Sabían que ninguna mentira podía ser veraz, y al poseer la verdad divina no ignoraban que todo lo extraño a ella no era verdadero. Sabían que esta unción que les enseñaba todas las cosas era la verdad, que no albergaba ninguna mentira. La unción les enseñaba toda la verdad de Dios, es decir, todo aquello que no era mentira y podía existir en la unción. Así es como las ovejas oyen la voz del buen Pastor; si otro las llama, no la reconocen. Temen y huyen de ella.

Con el v 27 termina la segunda serie de exhortaciones. El apóstol vuelve a comenzar con la totalidad de los cristianos. Me parece que el v 28 se corresponde con el versículo ocho de la segunda epístola de Juan, y con el cap. 3 de la primera epístola a los corintios. Una vez terminada su plática con los que gozaban de la comunión paterna, hace su aplicación de los principios divinos de la vida y la naturaleza reveladas en Cristo para examinar a los que decían participar de ellas; no para avivar la duda en el creyente, sino para desechar la mentira. Habla de su propia situación y de la de aquellos a quienes escribe con total y perfecta seguridad. Había compartido con ellos, al inicio del v 28, la aparición de Jesús, presentándoles al Señor en la plena revelación de su carácter y para proceder al escrutinio de las pretensiones de quienes se hacían llamar por su nombre. Dos pruebas se corresponden de manera especial con la vida divina, pero la tercera es un privilegio accesorio: rectitud, amor y la presencia del Espíritu Santo. La justicia es la primera prueba de la vida: no está en la carne. Si por tanto se encuentra en alguien, han nacido de Cristo y obtienen su naturaleza de Dios. Insistimos en que es la justicia que se manifestó en Jesús, porque sabemos que él es justo y que el que hace justicia es nacido de él. La misma naturaleza se demuestra con iguales frutos.

Capítulo 3

Decir que nacemos de él es afirmar que somos hijos de Dios. ¡Qué amor el del Padre, que quiso llamarnos hijos⁴⁵! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. El apóstol vuelve a abordar aquí su manifestación y resultado en nosotros. Somos hijos de Dios: esta es nuestra posición actual, certera y conocida; hemos nacidos de él. Lo que seremos aún no se ha manifestado, pero sabemos que, asociados con Jesús, estamos en la misma relación con el Padre, y tendremos la semejanza con Aquel cuando aparezca. Estamos predestinados a ello, a verle como él es ahora con el Padre —de donde provino la vida que se reveló y nos fue comunicada—, y a aparecer en su misma gloria.

Teniendo, pues, la esperanza de verle como es, sé que seré perfectamente como él cuando aparezca, por lo que trato de asemejarme lo más posible si poseo esta vida: él está en mí, en mi vida.

He aquí el criterio de nuestra purificación. No somos puros porque él sea puro, sino que tomamos al Cristo celestial como patrón y medida de nuestra purificación y nos purificamos según su pureza, sabiendo que seremos semejantes cuando se manifieste. Antes de disponer el contraste entre los principios de la vida divina y los del enemigo, Juan nos presenta la medida exacta de pureza para los hijos (dentro de un momento nos dará la del amor), en cuanto que son partícipes de Su naturaleza y tienen la misma relación con él.

⁴⁵ Juan usa habitualmente el término *niños*, no *hijos*, para aclararnos que somos de la misma familia. Somos como Cristo ante Dios, y en el mundo, y así será cuando él se manifieste.

Hay que ver dos cosas. La primera, «esperanza en él» no significa *en el creyente*, sino una que tiene a Cristo por objeto. Nos sorprende la manera que al parecer tiene el apóstol de confundir a Dios y Cristo en esta epístola, utilizando «él» para Jesús cuando acaba de referirse a Dios, y viceversa. Entendemos sus motivos al final de 1Jn 5: «estamos en aquel que es verdadero, [es decir] en su Hijo Jesucristo. *Él* es el Dios verdadero y la vida eterna». En estas pocas palabras tenemos la respuesta: que Jesús es la vida. Evidentemente es el Hijo, pero es Dios quien se manifiesta, al igual que la perfección de su naturaleza, que también es fuente vital para nosotros al encontrarse dicha vida en el cristo humano.

Se dice que el creyente se purifica a sí mismo, lo que demuestra que no es puro como Cristo, quien no precisaba purificación alguna. Así pues, no es que yo sea puro como él, porque entonces no habría pecado en mí. Pero el creyente se purifica según la pureza del Cristo celestial, ya que posee su misma vida.

Una vez visto el lado positivo de la pureza cristiana, el apóstol sigue centrándose en su aspecto desde otro punto de vista, como otra de las características de la vida divina en el alma.

El que comete pecado no transgrede la ley⁴⁶, sino que se porta como si no existiera. Su conducta no conoce restricciones, y obra sin la norma legal. Actúa sin freno, dado que pecar es actuar sin el límite que imponen las reglas o la restricción de una autoridad, por lo que procede a sabiendas. Cristo vino a cumplir la voluntad paterna, no la propia. Se manifestó para quitar nuestros pecados; en él no había ninguno, de modo que quien peca actúa contra el objeto de esta manifestación y de la naturaleza de la que, si es nuestra vida, somos partícipes. El que permanece en Cristo no practica el pecado; el que peca no le ha visto ni le ha conocido. Todo depende, como vemos, de la participación en la vida y naturaleza cristianas. No nos engañemos: quien practica la justicia es justo, porque al participar de esta vida y naturaleza permanece delante de Dios, según la perfección de quien está allí como origen y cabeza. Ante Dios somos iguales a él, porque es nuestra vida. La propia no actúa como barómetro de nuestra aceptación, sino Cristo, ya que al vivir por su vida participamos también de ella.

El juicio es más que negativo. El que practica el pecado es del diablo, tiene moralmente su misma naturaleza ya que este peca desde el principio; es su carácter diabólico inherente. Ahora bien, si Cristo apareció para destruir sus obras, ¿cómo puede estar con Él quien combina el carácter del enemigo de las almas con Su naturaleza? Por otro lado, quien ha nacido de Dios no practica el pecado. La razón es obvia: participa de Su naturaleza y deriva su vida de ella; tiene este principio de la vida divina. La semilla permanece en él, y no puede pecar porque nació de Dios. Esta nueva naturaleza no contenía el principio nefando de la comisión de pecado. ¿Cómo se entiende entonces que la naturaleza divina peque?

Una vez señaladas las dos familias, la divina y la diabólica, el apóstol añade un segundo rasgo cuya inexistencia viene a demostrar que uno no es de Dios. Ya había hablado de justicia; ahora del amor de los hermanos, porque este es el mensaje que recibieron de Cristo, que se amaran los unos a los otros. En el v 12 muestra esta conexión: el odio de un hermano es alimentado por la creencia de que las obras ajenas son buenas, y las propias malas. Por otra parte, no debemos asombrarnos de que el mundo nos aborrezca, dado que hemos pasado de la muerte a la vida y amamos a los hermanos. Si este amor es una prueba esencial de nuestra renovación, es del todo admisible que no se encuentre en las personas del mundo. Siendo esto así, quien no ama a su hermano —¡pensamiento solemne!— sigue muerto. Quien no lo ama también es un homicida, y un homicida no tiene vida eterna. Está ausente la naturaleza de Dios y hay muerte; más aún, la actividad del viejo hombre, en su naturaleza antagónica, está presente, odiando y cometiendo homicidio.

Igual que con la rectitud y la pureza, tenemos a Cristo como la norma de este amor. Lo conocemos porque él dio su vida por nosotros, y también deberíamos poder entregar la nuestra

⁴⁶ Romanos 2:12 expresa de igual forma el hecho de violar la ley o de pecar bajo ella, es decir, que para traducirlo en griego como «transgresión» la palabra es la misma para denotar el pecado sin la ley, al revés de pecar bajo ella y que nos juzgue. No oculto que tergiversar esta definición de pecado sea bastante serio.

por los hermanos. Ahora bien, si poseemos bienes en este mundo, y viendo que nuestro hermano pasa necesidad no se la cubrimos, ¿expresamos el mismo amor que condujo a Cristo a darnos su vida? Por la práctica de este amor verdadero sabemos que permanecemos en la verdad, que nuestro corazón está afianzado en Dios, pues si no tenemos mala conciencia estamos confiados en su presencia; en cambio, si el corazón nos condena, aquella también lo hará. No son estos los medios que nos aseguran la salvación, sino los que nos permiten estar confiados en la presencia divina. En el sentido amplio de la expresión, no podemos estarlo con una mala conciencia, ya que Dios sigue siendo santo y luz.

También recibimos todo lo que pedimos cuando caminamos en amor delante de él, haciendo lo que es agradable a sus ojos; porque al andar confiados en su presencia, el corazón y sus deseos responden a este bendito influjo, formándose por el gozo de la comunión a la luz de Su semblante. Es Dios quien le infunde ánimos con Su vida y naturaleza, que la epístola cita y que están activas iluminando esta deleitosa presencia. Por consiguiente, las peticiones sirven solo para que se cumplan los deseos suscitados cuando esta vida y nuestros pensamientos están llenos de la presencia de Dios y de la comunicación de su naturaleza. Él ofrece su poder para el cumplimiento de estos deseos, de los cuales es la fuente, y los infunde en el corazón por la revelación de sí mismo (cf Jn 15:7).

Esta era la posición del Cristo terrenal, solo que él fue perfecto (cf Jn 8:29; 11:42). Aquí tenemos el mandamiento que Dios desea que obedezcamos: creer en el nombre de su hijo Jesús y amarnos los unos a los otros.

Quien guarda sus mandamientos permanece en él, y él habita también en el hombre obediente. Dudamos de si es Dios o Cristo el que se cita aquí. El apóstol, como vimos, los mezcla en su cabeza, pero el Espíritu los unifica en la nuestra. Estamos en el que es verdadero, en su Hijo Jesucristo. Es la presentación de Dios a los hombres en su vida humana; para el creyente, la comunicación de esta vida, para que Dios more en él con la revelación y excelencia perfectas de la naturaleza que el uno comparte mediante el poder espiritual, y sea gozado y ejercitado por igual el amor.

Qué maravillosa la gracia de haber recibido una vida y naturaleza con las que poder disfrutar del Dios que mora en nosotros. Por su esencia, que está en Cristo, gozamos de esta comunión y relación con él. Quien tiene al Hijo tiene la vida; Dios mora en él como porción y fuente de ella; quien tiene al Hijo tiene al Padre. Qué vínculos maravillosos de gozo vivo con la comunicación de la naturaleza divina. La perfección de Cristo es su fuente. Así es el cristiano por gracia. Por este motivo también obedece, dado que esta vida en el Cristo humano deviene nuestra por la misma obediencia, y comprendemos la verdadera relación del hombre con Dios.

La justicia práctica es una prueba de que nacemos de aquel que, en su naturaleza, conforma su origen. Ante el odio del mundo, sabemos que hemos pasado de muerte a vida porque amamos a los hermanos. Poseemos una buena conciencia, confiamos en Dios y recibimos de él todo lo que le pedimos, andando obedientemente y de un modo que le agrada. Moramos en él⁴⁷, y él en nosotros.

Surge aquí una tercera prueba de nuestros privilegios cristianos. El Espíritu que nos ha dado es la prueba de que él mora en nosotros, la manifestación de la presencia divina. No añade que permanecemos en él, porque el sujeto aquí es la manifestación de la presencia de Dios, lo atestigua la presencia espiritual. Pero al permanecer en él hay, como comprobaremos más adelante, el gozo de lo que él representa, y a resultas la comunión moral con su naturaleza. Aquel que obedece también la goza. Se habla de la presencia del Espíritu para demostrar solo una parte de esta verdad, que Dios está en nosotros. Sin embargo, la presencia divina, por la gracia y el poder espiritual, también implica la comunión con esta naturaleza: moramos en él, y

⁴⁷ Morar en él viene primero, porque es lo que el corazón obediente entiende en la práctica. Su morada en nosotros se ejerce, además, por el Espíritu que nos dio, para evitar ser engañados por espíritus malignos. En 1Jn 4:7, el apóstol continúa hablando de la morada en relación con el amor de Dios.

de él obtenemos esta gracia, todas las formas espirituales de esta naturaleza en la comunión y la vida. Lo indican los pasajes 4:12, 16.

La justicia práctica, o la obediencia, el amor de los hermanos y la manifestación del Espíritu divino, son pruebas de nuestra relación con Dios. El que obedece los mandamientos del Señor en justicia práctica mora en él, y viceversa. El Espíritu ofrecido es la prueba de que habita en nosotros.

Capítulo 4

Para hacer uso de esta última prueba se requería ser precavido, ya que muchos falsos profetas asumirían —en tiempos del apóstol ya la habían asumido— la apariencia de haber recibido comunicaciones del Espíritu de Dios, y esto haría que se introdujeran entre los cristianos. Por lo tanto, era necesario ponerlos en guardia y explicarles cuáles eran las señales claras del verdadero Espíritu. La primera de ellas era la confesión de Jesús venido en carne. No únicamente la confesión de que había venido, sino confesarlo como encarnado. La segunda era que aquel que realmente conocía a Dios, escuchaba a los apóstoles. De esta manera, las escrituras apostólicas se convierten en la piedra de toque de los que pretenden enseñar a la asamblea. Toda la Palabra es así, sin duda, pero aquí me limito a lo que dice el pasaje. La enseñanza de los apóstoles es oficialmente la piedra de toque del resto de enseñanzas; me refiero a las que ellos impartieron. Si alguien me viene con que otros deben explicarlas o desarrollarlas para alcanzar la verdad y la seguridad de la fe, le diré: «no eres de Dios, porque el que es de Dios los escucha y tú quieres evitar que yo lo haga, sea cual sea tu excusa». La negación del Jesús encarnado es el espíritu del anticristo. Negarse a escuchar a los apóstoles es el preámbulo de los males. Los verdaderos cristianos habían vencido el espíritu del error por el Espíritu divino que moraba en ellos.

Las tres pruebas del verdadero cristianismo están asentadas de forma clara, y el apóstol continúa con sus exhortaciones exponiendo la plenitud e intimidad de nuestras relaciones con un Dios amoroso para poder mantener esta comunión con la naturaleza de su amor, en la que de él ha nacido quien lo practica. Por la fe ha recibido este amor, y lo conoce como parte de su naturaleza. Hemos de poseer la naturaleza que ama para saber qué significa eso. Quien no ama no conoce a Dios, porque él es amor. Si una persona no posee emoción alguna en cuanto a la naturaleza divina, ¿cómo podrá conocerle? No más de lo que un animal adiestrado pueda conocer de la inteligencia o el entendimiento de su amo.

Presta especial atención, lector, a esta enorme prerrogativa que mana de la doctrina de la epístola. La vida eterna que estaba con el Padre se ha manifestado y se nos ha comunicado: somos partícipes de la naturaleza de Dios. Los afectos de esta naturaleza que obra en nosotros estriban en el gozo de la comunión con él, en su origen; también sabemos que moramos en él, y él en nosotros, porque nos ha dado su Espíritu. Es capital declarar la verdad. Los actos de esta naturaleza demuestran que él permanece en nosotros. Quien obra este amor está ahí. Mas él es infinito y le da al corazón descanso. Este pasaje tan rico en bendiciones requiere una exposición más detallada.

Comienza detallando el hecho de que el amor es de Dios. Es su naturaleza, pues él constituye su fuente. Por tanto, el que ama ha nacido de Dios y es partícipe de ella. También le conoce porque sabe que el amor es la plenitud divina. He aquí la doctrina que hace que todo dependa de nuestra participación en Su naturaleza. Por una parte, esto podría convertirse en un misticismo cuando al tratar de examinar nuestro amor por Dios y el albergado en nosotros, de igual naturaleza ambos, concluyéramos que el amor es Dios y no que Dios es amor, intentando comprender su naturaleza o generando dudas a las que, por otra parte, nos veríamos abocados al no vislumbrar los resultados deseados de esta naturaleza. En efecto, el que no ama —como siempre, Juan se expresa de manera abstracta— no le conoce, porque Dios es amor. La posesión de la naturaleza es necesaria para comprender qué es, conocer al que la perfecciona.

Pero si quiero conocerle y tener o dar prueba de ello, no es a la existencia de esta naturaleza en mí, como objeto, que el Espíritu dirige los pensamientos de los cristianos. Dios es amor, y este amor se nos ha manifestado en que ha dado a su Hijo unigénito para que podamos vivir a través de él. La prueba no es la vida que poseemos, sino que Dios ha llegado a hacer propiciación por nuestros pecados. ¡Alabado sea! Conocemos este amor, no por unos ínfimos resultados de sus actos, sino por su perfección al manifestarlo Dios, lo que queda totalmente fuera de nuestro propósito. La manifestación de este amor constituye un hecho ajeno a nuestro propio ámbito. Lo disfrutamos participando de la naturaleza divina; lo conocemos por el don infinito del Hijo de Dios. Su demostración y ejercicio son palpables.

El planteamiento de este tenor y el peso de su verdad se establecen y demuestran en lo que sigue. Llama la atención ver que el Espíritu Santo, en una epístola ocupada esencialmente con la vida cristiana y sus frutos en nosotros, ofrece la prueba y la plenitud del amor en lo que nos es completamente ajeno. Tampoco puede haber nada más perfecto que la forma en que se expone aquí el amor divino, desde el momento en que se atiende a nuestro estado pecaminoso hasta llevarnos frente al tribunal. Dios ha pensado en todo: en el amor a nosotros como pecadores (vv 9, 10), como santos (v 12) y en vista del día de este juicio, perfeccionada nuestra condición (v 17). En los primeros versículos, el amor de Dios se manifiesta en el don de Cristo: en primer lugar, para darnos vida, pues estábamos muertos; después para hacer propiciación, puesto que éramos culpables. Ha cubierto todo nuestro caso. En el segundo de estos versículos, el elevado principio de la gracia sobre qué es el amor, dónde y cómo se conoce, se expresa claramente con palabras de fundamental importancia en cuanto a la naturaleza misma del cristianismo. Esto es el amor, no que hayamos amado a Dios —el principio de la ley—, sino que él nos amó y dio a su Hijo para hacer propiciación por nuestros pecados. De ahí, pues, es donde aprendemos su significado. El amor era perfecto en Dios cuando no sentíamos ninguno por él; perfecto en el sentido de que lo ejerció hacia nosotros cuando estábamos en nuestros pecados, por lo que envió a su Hijo para ser su propiciación. El apóstol afirma sin duda alguna que el que no ama no conoce a Dios. La pretensión de poseer este amor es juzgada mediante esta afirmación, y para conocerlo no debemos buscarlo en nosotros, sino verlo manifestado en Dios, dado que no lo poseemos. Él nos ofrece una vida que ama y hace propiciación por nuestras faltas. Respecto al gozo y privilegios de este amor, si Dios nos amó tanto debemos amarnos los unos a los otros.

Nadie le ha visto. Pero si nos amamos, él morará en nosotros. Su presencia destaca, por la excelencia de su naturaleza, sobre todas las barreras levantadas por las circunstancias, uniéndonos a aquellos que son suyos. Es Dios en el poder de su naturaleza, fuente de pensamiento y emociones que se difunde entre aquellos en quienes él se encuentra. Fácil es entenderlo. ¿Cómo puedo amar a gente extraña de otros lugares y a personas de distintas costumbres que no conozco, de forma más íntima que a miembros de mi propia familia? ¿Cómo es que comparto pensamientos y objetos sumamente amados de un poder vinculante más fuerte con personas que nunca he visto que con quienes, por otro lado, son compañeros queridos de mi infancia? Porque hay en ellas y en mí una fuente de pensamientos y afectos que no es humana. Y Dios está implícito en ellos; mora en nosotros. ¡Que felicidad y lazos! ¿No se comunica él con el alma? ¿No la hace ser consciente de su presencia en el amor? No nos quepa duda. Si él está en nosotros como la bendita fuente de nuestros pensamientos, ¿puede haber miedo, distancia o duda acerca de lo que él es? En absoluto. Su amor es perfecto y lo sabemos en el alma, la otra cuestión principal de este extraordinario pasaje: gozar intensamente del amor divino.

El apóstol todavía no ha dicho «conocemos que permanecemos en él», pero pronto lo dirá. Si tenemos amor por los hermanos, Dios mora en nosotros. Cuando se ejercita somos conscientes de la presencia divina y de su amor perfecto, que llenan el corazón y obran en nuestro seno. Ahora bien, este conocimiento es fruto de la presencia de su Espíritu como fuente y poder de la vida. Nos ha dado, no «su Espíritu» —la prueba de que habita en nuestro interior— sino «de su Espíritu»; participamos por su presencia del afecto divino de una manera espiritual,

y así no solo sabemos que mora en nosotros, sino que la presencia del Espíritu, que actúa en una naturaleza que es divina, nos hace conscientes de permanecer en Dios, dado que es la infinitud y perfección de lo que albergamos. El corazón lo cree y lo disfruta oculto de todo lo que es extraño a Dios, pero conocedor del amor en el cual se halla. El Espíritu nos hace permanecer en él, y entonces sabemos que mora en nosotros. Así, en el gozo y conocimiento del amor que estaba en Dios, podemos testificar de aquello con lo que él se manifestó más allá de todo límite judaico: que el Padre envió al Hijo para salvar al mundo. Veamos otra de sus propiedades.

Si comparamos 1Jn 4:12 con Jn 1:18, comprenderemos mejor hasta dónde llegan las enseñanzas del apóstol. La misma dificultad, o si se prefiere, la misma verdad se halla implícita en ambos casos: que nadie ha visto nunca a Dios. ¿Qué función cumple todo esto?

En Jn 1:18, el Hijo unigénito que está en el seno del Padre le ha declarado. El que está en la intimidad más perfecta y en la más absoluta proximidad gozando del amor del Padre, como único y eterno objeto apto para disfrutarlo desde siempre, le ha revelado a los hombres como él lo ha conocido. ¿Qué solución ofrece la epístola a esto? Si nos amamos unos a otros, él mora en nosotros y su amor se perfecciona. Con la comunicación de la naturaleza divina y la morada de Dios, le gozamos interiormente manifestado y declarado por su único Hijo. Su amor es perfecto en nuestro ser, y el corazón lo sabe. El Dios declarado por Jesús habita dentro. La respuesta al hecho de que nadie le haya visto equivale a decir que el Hijo unigénito le ha declarado, que mora en nosotros. ¡Qué luz arrojan las palabras «verdadero en él y en vosotros»! Porque es en Cristo, transformado en nuestra vida, que podemos disfrutar de Dios y de su presencia por el poder espiritual. De esto vimos que emana el testimonio del v 14.

También tenemos la distinción entre Dios, que mora en nosotros y nosotros en él, con lo que Cristo dice de sí mismo. Él permaneció siempre en el Padre, y el Padre en él, pero añade: «el que mora en mí hace las obras». Por la suficiencia de su Palabra, los discípulos deberían haber creído en ambos, pero con las obras que vieron recibieron más bien la prueba de que el Padre moraba en Jesús. Quienes le habían visto, vieron al Padre. Cuando viniera el Consolador aquel día, sabrían que Jesús estaba en el Padre y que era divinamente uno con él.

El apóstol no dice que estamos en Dios y en el Padre, sino que permanecemos en él y lo sabemos: «así es como sabemos que él [Dios] permanece en nosotros, porque nos ha dado su Espíritu». Luego añade «conocemos que permanecemos en Dios...»; porque no se trata de la prueba de su manifestación, sino de la comunión con él. Sabemos que permanecemos en él, como verdad inestimable y un hecho innegable, cuando sabemos a buen juicio que su amor hace su actividad en el corazón. En consecuencia, a esta actividad recurre el apóstol al aportar «hemos visto y testificamos que el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo». Constituía la prueba para todos de ese amor que el apóstol disfrutaba junto con los creyentes. Es importante observar que el pasaje presenta por primera vez el hecho de que Dios mora en nosotros, y después el resultado —como solo él es infinito— de nuestra morada en él; por último, el cumplimiento de esta primera verdad en la realidad consciente de la vida.

Aunque la morada divina es un hecho doctrinal verdadero para todo auténtico cristiano, nuestra morada en él, implícita en esta doctrina, guarda relación con nuestro estado: «quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él».

El amor de unos por otros sirve para demostrar que Dios está ahí, que su amor se perfecciona en nosotros, frente al modo en el que Su presencia es distinta a la de Cristo (Jn 1:18). En cada caso, este conocimiento viene dado por el Espíritu. El v 15 expone el hecho universal, el v 16 lo retrotrae a su origen. Hemos conocido y creído el amor que Dios tiene por nosotros. Su naturaleza lo declara —nos regocijamos en él—; es amor, y el que mora en el amor lo hace en Dios, y al revés. No hay otro. Si participamos de su naturaleza, participamos de él, y quien permanece en el amor mora en Dios, en su plenitud. Y mientras se insiste en esto que él es, también insistimos en su Ser personal.

Aquí llegamos a un principio de gran importancia. Podría decirse que esta morada de Dios en nosotros y nuestra permanencia en él dependían de una medida de espiritualidad grande, puesto que el apóstol había hablado del mayor gozo posible. Pero si bien el grado con que la

inteligencia nos hace darnos cuenta de que sea realmente una cuestión de espiritualidad, se trata en definitiva de la porción de todo cristiano, de nuestra posición, porque Cristo es nuestra vida y nos dio el Espíritu Santo: «todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios habita en él, y él en Dios». ¡Cuán grande es la gracia del evangelio! ¡Qué admirable la posición que tenemos en Jesús! Es importante aferrarse a la porción de cada cristiano, al gozo de los humildes y al más poderoso oprobio para las conciencias descuidadas.

El apóstol aclara esta posición elevada por la posesión de la naturaleza divina, condición indispensable del cristianismo. Un cristiano es alguien que participa de la naturaleza de Dios y tiene el Espíritu. Pero el conocimiento de nuestra posición no proviene de la consideración de esta verdad, todo y que dependa de una realidad, sino de considerar el amor de Dios, como hemos visto. Continúa diciendo el apóstol: «hemos conocido y creído el amor que Dios tiene por nosotros». He aquí la fuente de nuestro conocimiento y del gozo de estos dulces privilegios exaltados a las mil maravillas, pese a lo sencillos y reales que son para el corazón que los conoce.

Hemos conocido el amor, el que Dios tiene por nosotros, y lo hemos creído. Poseyéndolo le conocemos, porque es la manera en la que Dios se ha manifestado. Por tanto, decimos que él es amor. No hay otro comparable. Es amor en toda su plenitud; no es santidad, sino santo, y sigue siendo amor; no justicia, pero sí justo⁴⁸. Al morar en el amor permanezco en él, lo que no podría hacer a menos que él permaneciera en mí. Y lo hace. Se dice, en primer lugar, que permanecemos en él porque es Dios a quien tenemos presente, como el amor en el cual moramos. Cuando pienso en este amor digo que permanezco en él, puesto que tengo en el corazón conciencia de ello por el Espíritu. Al mismo tiempo, este amor es un principio enérgico y activo en nosotros: Dios mismo está allí. He aquí el gozo de nuestra posición, la posición de cada cristiano.

Los vv 14 y 16 hablan del doble efecto que resulta de la manifestación de este amor. Primero, el testimonio de que el Padre ha enviado al Hijo a ser el Salvador del mundo. Muy al margen de las promesas realizadas a los judíos —como en todos los escritos de Juan—, esta obra es el fruto de lo que Dios mismo es. En consecuencia, el que confiesa que Jesús es este Hijo disfruta de la plenitud de sus dichosos resultados.

En segundo lugar, el cristiano ha creído por sí mismo en este amor y lo goza. La expresión del hecho glorioso de nuestra porción —la confesión de Jesús como el Hijo divino— es aquí, principalmente, la prueba de que Dios permanece en nosotros, aunque la otra cara de la verdad estipule igualmente que quien le confiesa también permanece en él. Al hablar de nuestra parte en la comunión como creyentes, se dice que el que mora en este amor lo hace en Dios, porque, en efecto, es donde está el corazón. El otro aspecto constituye también una realidad: Dios habita en él del mismo modo.

He hablado del conocimiento de esta morada en Dios porque así es como se la conoce. Pero es importante recordar que el apóstol la enseña como una verdad aplicada a cada creyente. Podríamos excusarnos y no adueñarnos de ella por su criterio demasiado elevado, pero este mismo hecho juzga nuestra excusa, y la comunión es descuidada. En cambio, Dios mora en cada uno que confiesa que Jesús es el Hijo divino. ¡Qué estímulo para la timidez de un creyente! ¡Qué deshonra para los displicentes!

El apóstol vuelve a los detalles de nuestra posición, al tiempo que sigue contemplando a Dios en la suya. Ante Él debemos comparecer, aunque nos considere en una sempiterna relación consigo mismo. Esta es la tercera característica importante del amor con la que se acaba de dar forma a esta posición, testificando, como dije, de los pensamientos divinos en lo referente a nosotros, desde nuestro estado pecaminoso hasta el día del tribunal. Aquí se demuestra el amor perfecto para ganar confianza en el día del juicio, que lo que él es lo seamos ya en este mundo.

⁴⁸ La justicia y la santidad hacen referencia a otras cosas: el mal por conocer, su rechazo y juicio. El amor, aunque ejercido hacia los demás, es Su esencia. Otro nombre esencial que Dios tiene es *Luz*. Se dice que somos luz en el Señor como partícipes de la naturaleza divina; no amor, que es, pese a esta naturaleza, soberano en la gracia. Entonces, no podemos decir que seamos amor (cf Ef 4, 5).

En realidad ¿qué podría darnos más seguridad para ese día que ser como Jesús el juez? El que juzgará con rectitud es nuestra justicia. Somos en él la justicia según la que va a hacer público su dictamen. Respecto a ese juicio, seremos como él es. Desde luego, esto nos da la paz perfecta, pero observad que no solo se cumplirá en el día del juicio, sino que ya somos como él en este mundo; no como lo fue, sino que lo somos como lo es él ahora y sabemos cuál es nuestro lugar, como por necesidad han establecido la naturaleza y consejos divinos para aquel instante futuro. Es nuestro por la identificación de vida con Jesús.

Ahora bien, en el amor no hay temor, sino confianza. Si tengo la seguridad de que una persona me ama, no la temeré. Si solo deseo ser objeto de su afecto, podré temer que no lo sea, incluso que ella también albergue este temor, que destruirá, al fin y al cabo, mi amor por la otra parte y el deseo de que me ame. Entonces, se producirá una incompatibilidad entre los dos afectos, puesto que no puede haber temor en el amor. Sin embargo, el amor perfecto destierra este temor, porque el miedo nos llena de angustia, y si nos angustiamos no disfrutamos del amor. Por eso, quien siente temor no conoce el amor perfecto. ¿Qué significa la perfección de este amor? Lo que Dios es y ha mostrado plenamente en Cristo, dándonos a conocer y a disfrutar de su presencia para que moremos en él. La prueba real de su total perfección es que somos como Cristo. Se nos manifiesta perfeccionándose en y con nosotros. Pero a quien gozamos es al Dios de amor a través de su Ser, de modo que el amor y la confianza residen en el corazón. Lo que sé de Dios es que él no es otra cosa que amor hacia mí, porque él mismo me lo asegura. No habrá temor, como consecuencia.

Si indagamos en los anales, por expresarlo de alguna forma, de estos afectos e intentamos distinguir lo que unifica este gozo —porque la naturaleza divina que poseemos es amor, y lo disfruta tras derramarse en el corazón—; si queremos ser exactos y definir la relación que el corazón tiene con Dios al respecto, concluiremos que le amamos porque él nos amó primero. Es todo obra de la gracia, y así debe ser, porque Dios es quien debe ser glorificado.

Merece la pena observar el orden que sigue este increíble pasaje. Poseemos la naturaleza divina; en consecuencia, amamos; nacemos de Dios y le conocemos. La manifestación amorosa en Jesucristo es la prueba de este amor, por eso lo conocemos. Lo gozamos al morar en él. Es la vida de este momento en el amor divino por la presencia espiritual, el gozo de un amor en la comunión gracias a la cual Dios mora en nosotros, y viceversa. Su amor se perfecciona con nosotros, y la perfección de este amor la contemplamos en el lugar que nos ha proporcionado en vista del juicio. Así se perfecciona por completo. El amor a los pecadores, la comunión y la perfección delante de Dios nos ofrecen el significado para nuestra relación divina de los elementos morales de este amor.

En el primer pasaje que habla de su manifestación, el apóstol no da más explicaciones acerca de quien ama y ha nacido de Dios. Poseemos su naturaleza amorosa, y el que ama le conoce porque nació de él, tiene su misma naturaleza y conocimiento.

La realidad de nuestro amor a Dios, fruto del suyo por nosotros, puede ser demostrada. Si decimos que le amamos, pero no a los hermanos, somos mentirosos, pues si la naturaleza divina, tan cercana a ellos, y el valor con que aprecian a Cristo no despiertan los afectos espirituales, ¿cómo podrá alguien como Él desde tan lejos hacerlo? Este es su mandamiento, que el que ama a Dios ame también a su hermano.

Capítulo 5

El amor por los hermanos demuestra la realidad de nuestro amor por Dios. Este amor debe ser universal, ejercitarse para con todos, porque quien cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios, y el que ama a una persona amará a otra nacida de él. Si ser nacidos de él constituye el motivo, amaremos a todos los así nacidos.

Pero acecha un peligro. Puede que amemos a los hermanos porque nos agradan y nos proporcionan una compañía agradable, en la que nuestra conciencia no sale herida. Pero se nos

ofrece una prueba contraria: «de esta manera sabemos que amamos a los hijos de Dios, si le amamos a él y guardamos sus mandamientos». No es como hijo que amo a mis hermanos, a menos que ame a Dios, de quien ellos nacieron. Podré amarlos individualmente como compañeros o amar solo a varios, pero no será como hijos si no amo antes a Dios y él no ocupa su lugar en mi corazón, así que todo lo que lleve el nombre del amor fraternal acabará por excluirle de manera ingeniosa, puesto que nuestro vínculo con ellos lleva el nombre sagrado de esta clase de amor.

Existen criterios establecidos para el amor de Dios: la obediencia a sus mandamientos. Si ando con hermanos en desobediencia al Padre al que aman, desde luego no será porque los ame como hijos. Si yo amo al Padre, y a ellos los considero sus hijos, seguramente voy a querer que le obedezcan. Caminar entonces en desobediencia con los hijos de Dios, bajo el pretexto del amor fraternal, no es amarlos como hijos de verdad. Si los amara por lo que verdaderamente son, debería amar a su Padre y al mío, no pudiendo desobedecerle y llamar esta acción la demostración de que los amo porque son suyos. Si los amo porque son sus hijos, debería hacerlo con todos lo que se llaman igual, porque la misma raíz me compromete a amarlos a todos.

La universalidad de este amor hacia todos los hijos de Dios y su ejercicio de obediencia práctica a la voluntad divina, son los rasgos del auténtico amor fraternal. Lo que no hace patentes estos rasgos es un espíritu partidista y carnal, disfrazado del nombre y de las formas del amor fraterno. Ciertamente, no amo al Padre si animo a sus hijos a desobedecerle.

Surge un obstáculo a esta obediencia, y es el mundo. La sociedad mundana presenta formas que distan mucho de obedecer a Dios. Cuando nos ocupamos en él y su voluntad, la enemistad del mundo pronto estalla. También actúa, por sus comodidades y deleites, en el corazón humano para ir tras la carne. En suma, el mundo y los mandamientos de Dios se oponen entre sí, pero estos mandamientos no son gravosos para los que han nacido de él, porque el que ha nacido de Dios vence al mundo. Posee una naturaleza y un principio que superan las dificultades que puedan surgir en el camino. Su naturaleza es de índole divina porque nació de Dios, y su principio es el de la fe. Se muestra insensible a las atracciones que el mundo ofrece a la carne ya que posee, totalmente ajeno a él, un espíritu independiente y un objeto que le gobierna. La fe guía sus pasos, y no ve el mundo ni lo que representa. Su fe cree que Jesús, a quien el mundo rechazó, es el Hijo de Dios. Por lo tanto, el mundo ha perdido su poder sobre esta fe. Sus afectos y confianza se fijan en Jesús, que fue crucificado, y le posee como Hijo divino. Así, separado del mundo, el creyente tiene la fuerza para obedecer y hacer la voluntad de Dios, que permanece para siempre.

El apóstol resume en pocas palabras el testimonio divino en lo que respecta a la vida eterna que nos ha dado. Esta vida no está en el primer Adán, sino en el postrero, el Hijo de Dios. El hombre, nacido de Adán, no la posee ni la puede adquirir, cuando debería haber logrado alcanzarla bajo la ley. Le definía el mandamiento: «haz esto y vivirás», pero no lo hizo y tampoco podía.

Dios le da la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo no la posee.

¿Cuál es el testimonio que se rinde de este don de la vida eterna? Los testigos son tres: el Espíritu, el agua y la sangre. Este Jesús, el Hijo divino, es quien vino por agua y por sangre; no únicamente por agua, sino por agua y sangre. El Espíritu también da testimonio, dado que él es la verdad. Lo que dicen es que Dios nos ha dado la vida eterna, la cual está en el Hijo. Pero ¿de dónde salieron el agua y la sangre? Del costado traspasado de Jesús. Hablamos del juicio de la muerte pronunciado y ejecutado en la carne (cf Ro 8:3), en todo lo que es del viejo hombre. No es que el pecado del primer hombre existiera en la carne de Cristo, sino que Jesús murió en ella como sacrificio: «... en cuanto a su muerte, murió al pecado una vez y para siempre». El pecado en la carne fue condenado en la muerte de Cristo en la carne. No había otro remedio. La carne no puede cambiar ni sujetarse a la ley. La vida del primer Adán no era más que pecado que actuaba bajo los principios de su voluntad, y no hubiera podido someterse nunca a la ley. Nuestro lavamiento, en cuanto al viejo hombre, es su muerte. El que está muerto está justificado

por el pecado. Por tanto, somos bautizados para tener parte en la muerte de Jesús; estamos crucificados con él. Sin embargo, vivimos, mas no por cuenta propia, sino que él vive en nosotros. Participando de la vida del Resucitado, nos consideramos muertos con él. Pero ¿por qué vivir ante Dios esta nueva vida del último Adán si podríamos vivir en la vida del primero? Porque al vivir en Cristo aceptamos por fe la sentencia de muerte que impuso sobre la raza adánica. He aquí el lavamiento y la muerte del viejo hombre, ya que se nos ha hecho partícipes de la vida de Jesús; estamos muertos, crucificados con él. Necesitábamos una pureza perfecta delante de Dios. Ahora la tenemos, pues lo impuro ya no existe; lo que hay ahora y ha nacido de él es perfectamente puro.

Él vino por agua. Un testimonio poderoso que brota del lado de un Cristo muerto como indicio de que la vida no debe buscarse en el primer Adán, ya que aquel, a la hora de encarnarse para asumir la causa humana, tuvo que morir, de lo contrario su pureza no habría servido de nada. La vida debe buscarse en el Hijo de Dios resucitado de entre los muertos. La purificación o lavamiento se lleva a cabo por medio de la muerte.

Pero no fue solo por agua que él vino, sino también por la sangre. La expiación de nuestros pecados fue tan necesaria como la purificación moral de nuestras almas. Poseemos la purificación en la sangre de un Cristo muerto. Solo la muerte podía expiar y borrar los pecados, y Jesús murió por nosotros. La culpa del creyente ya no existe ante Dios; Cristo se puso en su lugar. La vida está en lo alto, y somos resucitados con él, habiéndonos perdonado Dios todas nuestras ofensas. La expiación se realiza por medio de la muerte.

El tercer testigo es el Espíritu Santo, colocado el primero en el orden de los tres como solo él sabe para que podamos distinguir los restantes; por último, lo hace dentro de un orden histórico: la muerte primero, y después Su obra espiritual. En efecto, es el testimonio del Espíritu, su presencia en nosotros, el que nos permite apreciar el valor del agua y de la sangre. Nunca habríamos entendido la influencia que ejerció la muerte cristiana si el Espíritu Santo no hubiera sido para el hombre nuevo el poder que revelase su trascendencia. El Espíritu llegó de parte de un Cristo resucitado y ascendido, así es cómo sabemos que la vida eterna se nos da en el Hijo de Dios.

El testimonio de estos tres testigos coincide con la misma verdad, con la gracia y el Dios que nos ha dado la vida eterna que está en el Hijo. El hombre no tenía nada que hacer, excepto rendir cuenta de sus pecados. Es un regalo divino que se nos ofrece. Y divino es también su testimonio. ¡Qué bendición tenerle como el Dios de gracia infinita!

Tenemos, pues, tres cosas: purificación, expiación y la presencia espiritual como revelación de que la vida eterna se nos ofrece en el Hijo, quien fue muerto por los hombres cuando vino a relacionarse con ellos. Murió por todo aquello que significaba el hombre; la vida estaba en otra parte, en Sí mismo.

Aquí termina la doctrina de la epístola. El apóstol escribió estas cosas para que los que creían en el Hijo supieran que tenían vida eterna. No les facilita las herramientas para que se examinaran y mirasen si poseían esta vida, sino que al tratarse de que había seductores que intentaban por todos los medios arrinconar su para ellos deficiente enseñanza, presentándose como dueños de una luz superior, les ofrece indicaciones de los rasgos de la vida eterna y los tranquiliza declarándoles su excelente supremacía, su posición para disfrutarla, que pudieran entender que Dios les había dado esta vida y que nadie podía en modo alguno turbarlos. Luego, les habla de la confianza que procede de todo esto, la que se genera en vista de todos nuestros deseos, de aquello que el corazón desea pedirle a Dios.

Sabemos que él siempre escucha lo que le pedimos si es su voluntad. ¡Preciado privilegio! El cristiano no desearía que se le concediera algo contrario a la voluntad divina, sino todo lo que estuviera acorde con ella. El oído de Dios está siempre abierto y atento, escuchando a todas horas. No hace como el hombre, demasiado ocupado para escuchar u obviando el momento de hacerlo. Dios nunca falta al compromiso de atendernos. La atención que nos presta es una prueba de su buena voluntad. Recibimos, por tanto, las cosas que le pedimos, y él concede

nuestras peticiones. ¡Qué dulce relación y privilegio! Y uno de los que podemos aprovecharnos con la caridad hacia los demás.

Si un hermano peca y Dios le disciplina, podemos pedir por él y su vida será restaurada. El castigo tiende a matar el cuerpo (cf Job 33 y 34, Stg 5:14-15), entonces rezamos por el ofensor y este es sanado. De lo contrario, la enfermedad sigue su curso. Toda injusticia es pecado, y existe un pecado que es mortal. No creo que se trate de ninguno en particular, sino del típico capaz de despertar la indignación cristiana y no la caridad. Ananías y Safira cometieron un pecado que les provocó la muerte. Dijeron una mentira, pero mintieron en circunstancias tales que hicieron nacer el terror en lugar de la compasión. Podemos entenderlo fácilmente por otros ejemplos.

Esto en cuanto al pecado y su castigo. También tenemos la cara menos negativa. Como nacemos de Dios no cometemos ningún pecado, nos guardamos y el maligno no nos toca. No tiene nada con qué tentar al nuevo hombre, ni objetos con los que seducir nuestra naturaleza divina, que se ocupa, por la acción espiritual, de las cosas celestiales y de hacer la voluntad de Dios. Por tanto, nuestra parte es que el nuevo hombre se ocupe de las cosas divinas y del Espíritu.

El apóstol está siendo claro con estas dos cosas: nuestra naturaleza y modo de ser como cristianos, y el objeto que se nos ha comunicado para producir y alimentar la fe.

Sabemos que somos de Dios, pero no de manera vaga e imprecisa, sino frente a todo aquello que no somos, un principio de inmensa importancia que hace que la posición cristiana sea exclusiva, dada su naturaleza. No es buena ni mala ni mejor, sino de Dios, y nada que no sea divino —que no tenga su origen en él— podrá optar a tales rasgos y posición. El mundo entero yace bajo el maligno.

El cristiano tiene la certidumbre de estas dos cosas en virtud de su naturaleza, que discierne y conoce lo que es de Dios y juzga todo lo que le es contrario. No son ni buenas ni malas, sino de Dios y del enemigo. Esto en cuanto a la naturaleza.

Con respecto a su objeto, conocemos como verdad sumamente importante que el Hijo divino ha asumido esta naturaleza. No únicamente están el bien y el mal, sino que el Hijo de Dios se ha introducido en esta escena de miseria para presentar un objeto a nuestro corazón. Más aún, nos ha hecho entender que, en medio de la falsedad de este mundo, del que Satanás es príncipe, podemos conocer al que es verdadero. Inmenso privilegio que altera nuestra situación. El poder mundano por el que Satanás nos cegó está completamente anulado, y somos llevados a la luz verdadera. En esta luz vemos y conocemos al que es verdadero, quien es la perfección en sí mismo y aquello por lo que todo es discernible y puede juzgarse según verdad. Pero esto no es suficiente. Estamos en el Verdadero, somos partícipes de su naturaleza y permanecemos en él para gozar de la fuente de la verdad. En Jesús estamos en sintonía con las perfecciones divinas.

Vemos de nuevo lo que caracteriza a toda la epístola, la manera en que Dios y Cristo se unen en la mente del apóstol. Es a raíz de ello que con tanta frecuencia dice *él* cuando deberíamos entender *Cristo*, aunque anteriormente se haya referido varias veces a Dios: por ejemplo, en 1Jn 4:20. Aquí, «estamos en el que es verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna».

No podemos dejar de contemplar los vínculos divinos de nuestra posición. Estamos en el que es verdadero, poseemos la naturaleza de Aquel en quien nos hallamos. En realidad, en cuanto a la naturaleza, es Dios, y en lo que se refiere a la Persona y a la manera de estar en Él, su Hijo Jesucristo. Es en el Hijo, como humano, que de hecho estamos y en cuanto a su Persona, pero él es el Dios veraz.

Todo lo que queda al margen de esto son los ídolos. Que Dios nos guarde de ellos y nos enseñe por gracia a esquivarlos. Esto da ocasión al Espíritu de Dios para hablar de *la verdad* en las dos breves epístolas que vienen a continuación.